

## **La casa por la ventana**

**by Victor Palomino**

Lo vi caer. No dijo nada, o por lo menos nada que yo pudiera escuchar. Se levantó, se tocó el brazo derecho dándole vuelta intentando mirar su propio codo pero no logró hacerlo, la verdad no conozco a nadie que lo pueda hacer. Se sacudió la camisa y los pantalones, cuando llegó a la rodilla hizo un movimiento incómodo y una mueca de dolor se puso en su rostro. Cerró los ojos con fuerza arrugando la piel alrededor de sus ojos, pronunció una palabra grosera que reconocí de un idioma en común. Se levantó el pantalón hasta las rodillas y encontró la raspadura. Un poco de sangre salía sin mucho escándalo por la herida, superficial, nada serio. Enderezó su cuerpo. En una segunda inspección descubrió la rasgadura en el pantalón. Quizá pensó que habían pasado muchos años desde la última vez que vio sus pantalones rotos de esa manera. Quizá su mente se fue por el camino de los recuerdos de partidos de fútbol en el colegio, a los nueve o diez años, jugando en una cancha de cemento, limpiando con saliva una herida muy similar que se repite con tanta frecuencia que ya no provoca llanto, era una medalla de guerra de los partidos de fútbol del recreo. Lo vi sumido en el recuerdo por una fracción de segundo, perdido en el tiempo de los recuerdos, diferente al real o al de los sueños, un tiempo personal, único para cada recuerdo, para cada momento, para cada uno.

El hombre se incorporó, terminó de arreglar su ropa y levantó la cabeza. Miró hacia los lados comprobando que no había testigos de lo que le había pasado. Cuando su mirada apuntó a mi ventana se detuvo como si me viera, o intuyera pero estoy seguro que no podía verme. No tardó mucho voltear la cabeza y continuar como si nada hubiera pasado, pero si pasó, ahora su rodilla sangraba un poco más. Yo volví a mi tarea.

Dos minutos más tarde otro hombre cayó muy cerca del punto donde el primero lo había hecho. Este fue más elegante en su aterrizaje. Al sentir que tocaba el piso su cuerpo se enroló, dio un bote y se levantó de nuevo quedando en la posición perfecta para sacudir su traje y levantar la cabeza en busca del camino. El acto hubiera sido perfecto si al estirarse no hubiera perdido un poco el equilibrio, obligándolo a mover los brazos cual aspas de molino para recobrarlo. Cuando el hombre terminó su movimiento, levanté mentalmente una paleta con el número ocho. El hombre, al igual que el otro, recobró la compostura y continuó por el mismo camino. No se dio tiempo de pensar, de recordar nada, simplemente continuó su acción como un buen súbdito que cumple una orden sin preguntar.

Esperé media hora sin moverme. Limité mis acciones a parpadeos con la intención de no perderme el mínimo detalle de lo que saliera de esa ventana, pero nada más pasó. La lluvia de hombres había terminado. Salí del cuarto impulsado por la curiosidad y la desilusión, como si hubiera observado una obra de teatro de quinto año de primaria. Esperaba que la lluvia de hombres se intensificará y que de un momento a otro comenzaran a caer réplicas de los hombres cada uno con un aterrizaje más fino, pulcro, perfeccionando la acrobacia hasta completar un pelotón de hombres de cabello negro recortado casi a ras, rostros largos y huesudos, vistiendo el mismo sastrero negro, camisa blanca, pantalón negro y zapatos de charol. Pero no sucedió, y mientras esperaba la curiosidad me levantó, me dijo que tenía que encontrar de dónde habían salido los elegantes acróbatas.

No he vivido mucho tiempo en este vecindario, es más, es mi primer trimestre en este país. Todavía las calles de la ciudad se confunden en mi mapa mental. Sobre todo en

el centro que está formado por pasajes angostos que me hacen sentir en un laberinto urbano. El apartamento donde vivo lo elegí por su cercanía al parque y porque puedo encontrarlo con facilidad desde cuatro direcciones claves: la biblioteca, el parque, el paradero del transporte público, y la casa de correos. Aunque a la casa de correos solo voy una vez por mes, ya nadie escribe cartas, ahora todo se hace con correo electrónico, pero no estoy contando esto para hablar de la nostalgia epistolar. El apartamento, no lo llamé mi apartamento porque no le tengo un sentido de pertenencia, es otro apartamento más en donde realizo mi trabajo, otra ciudad más, otra investigación más. El apartamento está en el primer piso de un edificio de cuatro. La manzana entera es una sucesión de edificaciones con la misma arquitectura como un fuerte medieval que protege el centenar de bicicletas que los vecinos guardan en los garajes. En la parte de atrás el fuerte está adornado por ropas de colores que cuelgan en el sistema de cuerdas que va de la ventana trasera al patio y se bambolean con el viento de la primavera. La danza de la ropa es mi descanso visual por las tardes cuando la investigación embota mi cerebro. El apartamento tiene una sola habitación y un estudio en donde pasó la mayoría del tiempo. En el estudio hay una ventana que da a la calle de atrás. Desde ahí vi a los hombres. Salí del apartamento a buscar el sitio de los aterrizajes. Por primera vez di la vuelta entera a la cuadra. La parte trasera del edificio escondía una porción de la ciudad que desconocía. La calle que viene de la biblioteca se deriva en un par de callejones parecidos a los del centro que llevan a la fachada trasera de mi edificio. Los dos caminos son idénticos, pero la lógica me dijo que el de la derecha me llevaría al sitio que buscaba. En este país es costumbre colocar placas conmemorativas que explican la historia que ha pasado por las calles, callejones, puentes, iglesias, todo acontecimiento digno de guardarse se puede leer en estas placas. Busqué sin suerte la placa del callejón detrás de mi ventana. Al parecer la historia no había pasado por ahí, o por lo menos nada digno de ser recordado. La parte posterior de los edificios confirmaron mi idea que fueron construidos pensando en una fortaleza urbana. Caminé contando mis pasos. Pude ver la ventana y la luz prendida en mi escritorio. Busqué el sitio del aterrizaje de los hombres en el pavimento pero no vi nada particular, en esa calle no se veía nada más que las fachadas traseras, como si el callejón estuviera diseñado para dejar que la arquitectura descansara del escrutinio de los transeúntes. No sé qué esperaba encontrar, un portal, un muro, un vortex, una puerta a la dimensión de los acróbatas elegantes. En mi mente los acróbatas elegantes pasaban a ser ladrones comunes escapando de alguna fechoría, o agentes clandestinos que terminan su misión escabulléndose por la ventana trasera, o los clientes ingratos de un hotel que se van sin pagar, o los amantes, en este caso dos, descubiertos en medio de su aventura. Me fije en una ventana entreabierta en una de las fachadas traseras, la única pista. Decidí contar los edificios, dar la vuelta y buscar el frente. La calle que encontré me sorprendió más que el callejón sin placa. Casi todos los edificios tenían locales en el primer piso. Pensé que se trataban de restaurantes y tiendas de souvenirs para turistas, pero en una segunda inspección más cercana me di cuenta que pasaba por un diminuto distrito rojo. En algunas vitrinas pude ver mujeres invitando de una manera ruda y desganada a ejercer el oficio más antiguo del planeta, en otras los avisos de neón invitaban a presenciar espectáculos diversos relativos al mismo tema, otras a comprar mercancía referente a los espectáculos. Continué caminando, calculando la distancia de los edificios y buscando el origen de los acróbatas. El cálculo me llevó a una puerta con un letrero sobrio que no decía más que *Hotel*. Respire con cierto alivio. Ahora entendía el buen precio de la renta de mi apartamento y el porqué de la falta de una placa

conmemorativa en esa calle. Tranquilamente hubiera podido dejar la búsqueda y declarar a los acróbatas simples hampones, pero algo dentro de mí, tal vez un rezagado espíritu aventurero de años atrás, me obligó a caminar hasta la recepción y pedir que me dejaran ver un cuarto. “¿Para usted?”, me cuestionó el encargado de la recepción sin tomarse la molestia de mirarme. El hombre habló con un acento fuerte, probablemente del norte, “Estoy de vacaciones y quiero comparar sus habitaciones.” El hombre levantó la cabeza, me miró por un segundo y estiró la mano para alcanzar una llave. “En el segundo piso si es posible”, le dije. El hombre me miró de nuevo, “y con vista a la calle de atrás” continué. “¿Algún otro detalle?” dijo el hombre mientras se levantaba de su silla para mostrar sus dos metros y tanto de altura. Le dije que no y el hombre estiró su brazo y me mostró su mano con una llave adentro. “Tiene cinco minutos.” Dudé por un momento, esperaba ser escoltado, caminar detrás de un botones de igual estatura que el recepcionista de cabeza rapada y figura de luchador de tiras cómicas, pero no fue así. “Las escaleras están al final del pasillo”. Fueron sus últimas palabras que seguramente pronunció esperando que me hubiera arrepentido de la petición. Tomé las llaves y caminé por el pasillo. Entré en la habitación. Una habitación común, cama doble, mesas a los lados, una silla en la esquina y al fondo la ventana por donde se veía el callejón, y un poco más allá podía distinguir la luz de mi escritorio. El segundo piso parecía tener una altura razonable para saltar y no lograr más que una raspadura de rodilla. Me acerqué a la ventana, la abrí y comprobé que fácilmente podía atravesar mi cuerpo y saltar. En el marco de la ventana vi dos rayas, dos líneas, una junto a la otra, que parecían hechas con una llave o algún objeto metálico, nada más fuera de lo común. Estaba en el sitio correcto, los acróbatas elegantes salieron de una habitación como esta, quizá esta misma. Me senté en la cama, respiré hondo y me di cuenta que nunca sabría nada más.

Escuché tres golpes en la puerta y enseguida la voz del hombre de la recepción. “Cinco minutos”, repetí dos veces, pero la chapa comenzó a moverse. Miré la ventana, pensé que el golpe contra el pavimento no sería muy fuerte siempre y cuando el impulso fuera suficiente. La puerta se abrió. No fui capaz de tomar la decisión, no me convertí en un acróbata no muy elegante. Le di las gracias al recepcionista sin darle tiempo de decir nada. Puse en sus manos la llave del cuarto y me escabullí esperando una retahíla de improperios dirigidos en mi nombre, pero no escuché nada. El hombre solo observó el cuarto, cerró la puerta y volvió a la recepción. Volví a mi apartamento tratando de ignorar el asunto, convenciéndome que solo había sido un juego de mi mente para aliviar la monotonía de mi vida. Continué con mi trabajo, mirando la ventana de vez en cuando.

No comenté el asunto con nadie. Mi única indagación fue la historia del pequeño distrito rojo detrás de mi ventana. La búsqueda en el internet me dio referencias vagas sobre un tratado especial que la ciudad firmó a comienzos del siglo XX para conservar el estado especial de tolerancia de esa calle, que al parecer había sido el prostíbulo clandestino de gobernantes, legisladores y aristócratas desde la fundación de la ciudad. El jueves, los días que voy a la oficina a entregar los reportes de la investigación, pregunté a un par de profesores por la historia del callejón. La mayoría dijo conocerlo solo por referencias, pero ninguno dijo nada más de lo que se sabe de cualquier distrito rojo en cualquier país de Europa. Solo el profesor Heinz me recomendó un lugar diferente al hotel que ya conocía, nada más.

La investigación y el verano llevaron mi aventura a un rincón de mi cerebro en el cual se sentía cómoda y molestaba cada vez menos. Continué trabajando en mi escritorio,

frente a la ventana, pensando en el final de la investigación, en los preparativos para volver a casa, en la familia, en los amigos, en la distancia. Había pasado los últimos quince años de mi vida viajando por el mundo, dejando como base un apartamento en Bogotá que cada año se hacía más extraño, ajeno, y con él los amigos y conocidos que poco a poco se cansaron de escuchar la misma historia viaje con distinta ciudad, hasta que solo quedaron los entrañables, con los que se puede hablar de todo porque ya son parte del libreto de la vida, los que mantengo al día con cartas y postales que envié por correo durante el viaje y con los que cuando vuelvo continuamos la charla como si el tiempo no hubiera pasado.

El último día de la investigación varía dependiendo de cómo se haya desarrollado la interacción entre los participantes. Normalmente todo se resume en una cena y unas palabras del director. En este caso las palabras se acompañaron con una botella de vino que compartimos en la oficina. Por la tarde almorzamos en un restaurante en el centro en donde seguimos la despedida de la investigación. En algunos casos, y vuelvo a recalcar dependiendo del equipo y el país donde se trabaje, simplemente se busca tomar hasta emborracharse y dejarse llevar por el piloto automático. Al terminar el almuerzo el director pidió la cuenta y se despidió deseándonos un buen viaje de vuelta a casa. Uno a uno los compañeros de la investigación desocuparon sus vasos y se despidieron casi con la misma frialdad que el director. El profesor Heinz, que estaba sentado a mi lado, me invitó a tomar otro trago. Caminamos por el centro, Heinz hablaba y me mostraba tiendas y edificios, cada uno acompañado con una anécdota. Heinz me preguntó si había visitado el sitio, le respondí cuál sitio, había olvidado por completo su recomendación en el distrito rojo. Heinz refrescó mi memoria y ante mi respuesta negativa se dirigió al distrito Rojo. Entramos en un bar cuyo nombre, según me explicó Heinz, le hacía homenaje al famoso Caballo Loco en las vegas. El profesor fue recibido como cliente regular por el tendero quien confirmó los datos que Heinz me daba sobre las estadísticas del nombre, que según dijo es el nombre más común de los burdeles en el mundo occidental, América latina, y con bastante crecimiento en los últimos años en Asia. Heinz comparó los datos con la historia del crecimiento de la colonización norteamericana y el comercio global. La personalidad del profesor Heinz tenía más sentido en la barra conversando abiertamente con las meseras, luego supe que ejercían funciones varias, que detrás de la computadora de su escritorio en la universidad. Heinz conversaba y en medio de sus frases hacía preguntas a las meseras que contestaban cual alumnas de primera fila en su clase, reían, lo abrazaban y rellenaban su vaso con gusto. La rutina continuó por varias rondas de tragos y los abrazos en ocasiones se estiraron hasta mi lado de la barra. Después de un buen rato me despedí del profesor diciendo que ya era casi de madrugada y busqué rumbo a mi apartamento. A la salida me encontré de frente a la fachada del hotel de los acróbatas elegantes y sentí de nuevo la necesidad de buscarlos.

Regresé al bar, pregunté a Heinz si sabía algo sobre el hotel, me dijo que podía entrar solo y conseguir compañía o llevar compañía. Me recomendó la segunda opción señalando una de las meseras del lugar. Dijo que no me preocupara, que él se encargaba de la cuenta, “Por el buen trabajo en la investigación,” cerró la frase con una fuerte palmada en mi hombro. Le agradecí el gesto y salí con la coartada perfecta. En la recepción se encontraba el mismo hombre enorme y calvo que no hizo muestras de reconocerme. En la habitación la mesera se comportó a la medida. Mi plan, si es que tenía uno, era indagar después de aprovechar la invitación de Heinz.

Me quedé dormido después del acto como es mi costumbre. Cuando desperté abrí

los ojos, pero la oscuridad a mi alrededor permaneció intacta. Repetí la acción varias veces con el mismo efecto. Esperé acostado en la cama por un minuto, pensando en la oscuridad, convencido que se trataba del final de un sueño. Pero el sueño no terminaba, la sensación de realidad era total y poco a poco llegaba a la sentencia de estar bajo un estado de intoxicación. Probablemente había bebido de una botella adulterada y ahora era víctima del alcohol y la lujuria. Intenté levantarme de la cama, puse los pies en el piso tanteando mis movimientos. Mi intención, detrás de las ráfagas de pánico que me acogían cada vez que me decía que había perdido la vista, era llegar a la puerta o la ventana, levantar las cortinas y comprobar mi ceguera.

La oscuridad parecía querer jugar conmigo, divertirse con mi absoluta incompetencia para caminar por un cuarto que no reconocía. Los primeros pasos me dejaron en el suelo, tropecé con la cama, la mesa, con mis propios zapatos. La frustración por la oscuridad avanzaba. Decidí gatear por el cuarto y tantear la pared hasta encontrar la puerta, pero en la oscuridad las distancias son infinitas, las paredes movedizas. Di varias vueltas a la habitación buscando la puerta sin fortuna, al final caí rendido en el piso en posición fetal, atrapando mis rodillas con los brazos, acercándolas a mi rostro para estar seguro que por lo menos en la oscuridad mi cuerpo estuviera completo.

Estaba resignado a un destino en la oscuridad cuando escuché pasos en la distancia y la puerta se abrió. El resplandor de la luz golpeó mis ojos obligándome a cerrarlos con fuerza, fue en ese momento que me di cuenta que habían mantenido los ojos abiertos todo el tiempo, que mi cuerpo no reconocía la diferencia entre pestañas arriba o abajo. Intente recobrar mi postura, desenrollando mi posición y buscando la manera de levantarme del piso, al mismo tiempo que utilizaba mis brazos para proteger mi ojos del resplandor, pero mi movimiento fue detenido por un golpe en el estómago, una patada que me hizo perder el impulso, el aire y el equilibrio. Sentí un fuerte jalón y varios empujones me obligaron a levantarme, dejar la habitación y avanzar dando tumbos por el pasillo. No pude ver nada, no tuve tiempo de preguntar qué pasaba, solo logré modular un par de sílabas coherentes. Cada vez que intentaba pronunciar algo recibía un empujón que dejaba mis palabras incrustadas en la pared. Al final fui lanzado cual costal a otra habitación.

Estaba desnudo, confundido, encandilado y al mismo tiempo aliviado por haber recuperado la visión. Una voz oscura y ronca, que no pude reconocer si era femenina o masculina, me ordenó sentarme en el suelo, la figura que me había sacado del cuarto a empujones y patadas, ahora me pedía casi con amabilidad que cumpliré sus órdenes. Encadenó mis manos detrás de la espalda con parsimonia y sin decir nada más me abandonó en la habitación, como si la violencia con la que me llevó al cuarto fuera un simple saludo de bienvenida.

El recinto carecía de muebles, las paredes y el piso estaban pintadas de blanco inmaculado. No había ninguna ventana, por lo menos ninguna que pudiera ver desde mi posición. No había nada más que mi presencia confundida, adolorida y en los principios de un fuerte descalabro psicológico. Después del trajín para llegar a ese recinto comenzó el silencio, la soledad y mis pensamientos tratando de entender que le había pasado a mi vida, cuál era la razón para sufrir semejante tratamiento. En el fondo seguía con la esperanza de estar soñando la peor de las pesadillas.

No supe cuánto tiempo pasó antes que la puerta se abriera y una mano empujara una caja de metal que se deslizó por el piso hasta quedar frente a mí. Observe la cajita que inmediatamente después de detenerse comenzó a emitir una melodía dulce y repetitiva. La

observé por un minuto, reconociendo los mecanismos que se dejaban ver por la tapa de arriba, el cilindro con espinas dando vueltas, levantando las paletas de metal de diferentes diámetros que al rebotar emitían una nota interpretando la misma melodía una y otra vez. La visión de la caja de música me relajó por un instante y la melodía limpiaba en mi mente la cortina de recuerdos cotidianos que tapaba una experiencia similar, una aventura que al parecer había vivido de alguna manera y no recordaba hasta ahora.

No sé cuántas horas pasaron, o tal vez fueron días sentado en esa posición, escuchando la melodía infinita que salía de la cajita, arrinconando mis pensamientos, mis ansias por buscar una forma de zafar las ataduras y escapar de la tortura a la que estaba siendo sometido, o pensar en el porqué de lo que estaba pasando, en quién tendría interés en encerrarme de esa manera. Pensé en el recepcionista que me había reconocido y buscaba vengarse de mi inoportuna petición por ver un cuarto, luego la idea de ser víctima de una banda internacional de vendedores de órganos humanos se implantó en mi cabeza y la imagen de mi cuerpo cubierto por hielo en un bañera repleta con mi sangre y una sutura hecha a las malas en mi espalda por donde habían salido un par de mis órganos vitales se apoderó de mi mente haciéndome gritar con todas mis fuerzas por un par de horas hasta caer rendido y sin voz, lo que me obligó a un silencio profundo en donde solo escuchaba mi respiración y la melodía de la cajita que no paraba de sonar.

El tiempo continuó su marcha, o por lo menos eso pensé ya que mis días y noches fueron castrados de mis sentidos y reemplazados por paredes blancas indiferentes a cualquier cambio, a cualquier señal de que la vida estaba avanzando. Me sentí atascado en un universo paralelo, atemporal, cruel y silencioso. La única manera de mantenerme despierto fue recordar mi vida, recordar Bogotá, recordar a los amigos, pero cada vez era más difícil, la música de la cajita se llevaba mi mente, me hipnotizaba y succionaba nota a nota hasta perder por completo la conciencia.

Desperté en una habitación parecida a la primera. Vi una mujer a mi lado, me recordó a la mesera. Estaba parada frente a la cama. La miré pensando que todo había sido una pesadilla y ahora mi único problema era pagarle por los servicios prestados. Enderecé mi cuerpo y le pregunté la hora. La mesera no contestó, se mantuvo inmóvil, mirándome fijamente. No le presté atención a su reacción, o mejor a la falta de esta. Saqué los pies de la cama y busqué mi ropa en el suelo. No encontré nada, observe la habitación con detenimiento y no había nada mío, el único objeto familiar era la cajita de metal bien puesta en la mesa junto a la cama. Miré a la mesera. Me indicó una silla en donde había un vestido de sastre negro, ropa interior, una camisa blanca, una corbata negra y un par de zapatos de charol. Me ordenó vestir. Cuando estaba listo tomé la cajita por instinto y caminé detrás de la mesera.

En el pasillo había una fila de hombres vestidos de la misma manera, cada uno sosteniendo una cajita de metal en sus manos. La mesera me ordenó ocupar el último lugar de la fila. Obedecí sin preguntar, ya no tenía sentido, no sabía por dónde empezar el interrogatorio de mi presente y tampoco tenía apetito por saber de mi pasado o futuro.

Esperé en la fila. Los otros hombres parecían una repetición de mi mismo, cada uno vistiendo el mismo traje negro y sosteniendo en sus manos la cajita de metal. Me pregunté si todas las cajas tenían la misma melodía. La línea avanzó lentamente hasta que fue mi turno de detenerme frente a la puerta blanca que marcaba el final del pasillo. Detrás de la puerta encontré un recinto que me pareció una cueva, una caverna moderna, decorada como el ala de un restaurante, con una mesa larga en el centro donde un grupo de cuatro

comensales parecían esperar mi llegada para dar pie a un ritual milenario. Un camarero de rostro inerte y cuerpo largo me mostró el camino a mi silla. Antes de sentarme tomó la cajita de metal de mis manos y desapareció en el fondo de la cueva. Me senté, la mesa estaba repleta de manjares exóticos, carnes, aves, frutas, sopas, panes. Los demás comensales llenaron sus platos. Imité a los demás mientras observaba y era observado. Por uno de los pasillos de la caverna salió lo que me pareció un grupo de bailaoras, cinco en total, cada una vistiendo copias baratas de trajes típicos como los de una presentación de baile de preparatoria, faldas largas y coloridas que se desprendían en ondas de tela hasta tocar el piso. Los vestidos estaban amarrados al cuello de las bailadoras con tirantas. Las bailadoras movían los brazos armoniosamente mientras se acomodan para empezar la función. En lugar de rostros, las bailadoras sostenían sobre sus hombros cajas metálicas parecidas a armonios. Pero al parecer, tanto para mí como para los demás comensales, ese detalle no tenía ninguna importancia. Una de las mujeres hizo una señal sutil con su mano derecha y el espectáculo comenzó. Las cinco mujeres levantaron su mano izquierda alcanzando al mismo tiempo una manija en el lugar en donde debería estar su oreja. Las manijas se movieron al mismo tiempo dejando a descubierto el mecanismo de la caja de música que reemplazaba sus rostros. El movimiento de los mecanismos era sincronizado, rítmico, y la imagen, aunque grotesca, era la de un coro celestial. Reconocí en el fondo la melodía de mi caja interponiéndose en polifonía con las otras melodías que pensé correspondían a los demás comensales en la mesa. Todos dejamos de prestar atención a nuestro plato y cual niños hipnotizados por un camión de helados fijamos nuestras miradas en las mujeres con cabeza de armonio. La coreografía del baile fue sencilla, rítmica. Delicados pasos y vueltas que realizaban a medida que las melodías se entrelazan. Danzaban dando vueltas con una mano a la palanca para producir el sonido, con la otra levantaban sus faldas que bamboleaban cruzándose unas con otras formando un espectáculo entrañable. Mientras las mujeres bailaban, los meseros silenciosos desocuparon la mesa. Los comensales y yo quedamos inertes, absorbidos por las melodías, incapaces de quitar la mirada a las bailadoras, como si en ellas se escondiera un secreto sacro. Finalizada la función cada uno se levantó de la mesa y se dirigió a uno de los cinco rincones de la cueva. Cada rincón contaba con una ventana, cada ventana esperaba que el cuerpo la atravesara para dar por terminado el ritual y dar comienzo a la misión.

En ese momento recordé que estaba encerrado en un destino circular, condenado a viajar entre dos realidades, entre dos vidas cuya relación no es la misión, ni la búsqueda, ni el compromiso con quien quiera que fuera me estuviera enviando a saltar por esa ventana, su único punto en común soy yo.

Me acerqué a la ventana, observé las dos rayitas en el frente del marco. Busqué en mi bolsillo y encontré la llave, todavía no sé a qué corresponde, pero no me preocupa, sé que tengo tiempo de averiguarlo.

Acerqué la llave y marqué otra raya bajo las otras. Acomode mi cuerpo, saqué la cabeza, miré el piso y salté sin pensarlo dos veces, como una reacción a un movimiento practicado miles de veces hasta la perfección. Esta vez la caída fue impecable, sin titubeos, raspaduras, ni desequilibrios. Pasé las manos por la chaqueta de mi traje para recuperar las líneas. Mire a un lado, vi el edificio, la ventana está abierta, voltéé mi rostro buscando la fachada trasera de otro edificio, en el primer piso vi la ventana de un cuarto, en el fondo pude ver la luz prendida de una lámpara, mire al frente y continúe mi camino.